

# Valoración de la amenaza yihadista y de las estrategias de respuesta

Jesús A. Núñez Villaverde

La primera condición para articular una estrategia adecuada que dé respuesta al terrorismo yihadista es contar con unos conceptos y unas bases de partida sólidos, compartidos por todos aquellos que se sienten afectados por la amenaza que representa. En esa línea, el ejercicio arranca con un notable déficit, en la medida en que todavía hoy, a pesar de los miles de actos terroristas que se producen cada año y del considerable número de organizaciones catalogadas de ese modo, sencillamente no contamos con un concepto único y consensuado en la comunidad internacional sobre qué debemos entender por terrorismo.

Si nos remontamos a los trágicos atentados del 11 de septiembre de 2001 (11S) en Nueva York y Washington, recordaremos que, cuando finalmente arrancó la Asamblea General de la ONU, sus miembros se autoimpusieron la tarea de lograr un acuerdo sobre la materia, por entender que era una pieza esencial en la necesaria estrategia de respuesta multilateral a una amenaza que todos sentimos. Sin embargo, ni en aquella ocasión ni a lo largo de los años en los que la Dirección Ejecutiva del Comité contra

el Terrorismo del Consejo de Seguridad lleva ocupándose del asunto se han conseguido superar las profundas diferencias existentes. Esa carencia sigue dificultando hoy la adopción de estrategias de respuesta multilaterales, multidimensionales y sostenidas en el tiempo, que atiendan tanto a los efectos más visibles del problema como a las causas estructurales que le sirven de caldo de cultivo.

## **Cúmulo de errores intencionados**

Eso no ha impedido en modo alguno que el terrorismo haya concentrado la atención obsesiva de los más destacados actores internacionales (con el EE. UU. de la administración de George W. Bush como impulsor principal), hasta el punto de que son muchos hoy los que pretenden identificarla como la mayor amenaza a la seguridad internacional. Quienes así vienen actuando, con un discurso tan equivocado como interesado, utilizan en su provecho la indefinición del término para poder interpretarlo a su propio gusto, con el sencillo recurso de

calificar selectivamente como terroristas a quienes son sus enemigos. Prefieren olvidar que el terrorismo es tan solo una modalidad de acción violenta, a la que recurren actores muy distintos como uno más de sus instrumentos de violencia para lograr sus objetivos últimos. En otras palabras, con la denominación de terrorista no siempre se está definiendo a un actor concreto, cuya eliminación se pueda planear y ejecutar, sino a una forma de actuar, por definición inasible y, aunque nos abrume reconocerlo abiertamente, imposible de erradicar a medio plazo.

En paralelo a este torticero empleo del término, y ya desde la aparición del modelo del “choque de civilizaciones” impulsado por Samuel P. Huntington en 1993, se ha ido difundiendo también un poderoso discurso que identifica al Islam como el nuevo enemigo a batir. Con la pretensión de reforzar los aspectos más negativos de lo que ya entonces se denominó “la amenaza verde” (por ser este el color del Islam), los promotores de la idea no tuvieron tampoco reparo alguno en manipular los conceptos. Así, se ha ido apuntalando una interesada visión que agrupa en un mismo saco al islamismo –seña de identidad de todo creyente musulmán–, al islamismo político, radical o reformista –que añade un componente político para definir a los grupos, como los Hermanos Musulmanes, que pretenden conquistar el poder imponiendo la ley islámica en todos los ámbitos de la vida nacional– y al terrorismo yihadista –que designa a los individuos o grupos, como Al Qaeda, que optan por la violencia terrorista para lograr sus objetivos, tratando de justificar sus actos en una visión forzada de la Yihad–. Y con demasiada frecuencia nos encontramos asimismo con que, despreciando esa diversa realidad y errando nuevamente, se ha ido imponiendo el uso del término “terrorismo islámico”, tan impropio como el que suponía emplear el de “terrorismo

vasco” cuando había que referirse a ETA. Ni, obviamente, los vascos son terroristas, ni tampoco lo son la inmensa mayoría de los alrededor de 1600 millones de creyentes musulmanes que hay en el planeta.

Nada de eso significa que el terrorismo yihadista sea una amenaza imaginaria o menospreciable. Por desgracia es bien real y, como nos recuerda el Global Terrorism Index 2014 (elaborado por el Institute for Economics and Peace), en el año 2013 se produjeron en todo el mundo unos 10.000 atentados terroristas que causaron la muerte de 17.958 personas (contando con que en la mitad de ellos no hubo ninguna víctima mortal). Interesa resaltar, para ponderar adecuadamente su importancia, que más del 80 % de esos actos terroristas se registraron en tan solo cinco países (Irak, Afganistán, Pakistán, Nigeria y Siria); lo que refuerza la idea de que el yihadismo violento tiene a ciudadanos de identidad musulmana como sus principales víctimas. De hecho, si se toman en consideración los datos del periodo 2000-2013, en el que se han registrado unos 107.000 actos terroristas, tan solo el 5 % de todos ellos se ha producido en un país de la OCDE. Por último, entre los 13 países que el documento cita como aquellos en los que cabe prever un incremento de la violencia terrorista a corto plazo, tan solo Israel y México aparecen entre los que cabe identificar como occidentales.

Es, por tanto, una amenaza global (del total de los 162 países contemplados en el análisis citado, son 60 los que han contabilizado al menos una muerte por un ataque terrorista en el pasado año), realizado preferentemente por grupos yihadistas (DAESH, Boko Haram, los diferentes grupos identificados como talibán y Al Qaeda y sus franquicias asociadas son los responsables del 66% del total), que castiga fundamentalmente a los musulmanes y que produ-

ce 40 veces menos víctimas mortales que los homicidios (11.133 en 2012, frente a 437.000 por homicidios).

### **No estamos en guerra**

Estas consideraciones preliminares y estos datos permiten extraer, a contracorriente de lo que se ha vuelto a expresar en diversos círculos tras los condenables atentados de París, algunas conclusiones inmediatas. Así, en contra de lo que afirmaba el primer ministro francés tras el impacto de las 17 víctimas mortales de los atentados del pasado 3 de enero, tenemos que insistir una vez más en que no estamos en guerra. Conviene recordar en este punto que también Bush optó por definir así el escenario internacional tras el 11S, como base de partida argumental para emprender la invasión de Afganistán (octubre de 2001) y de Irak (marzo de 2003). No cabe duda de que hay que luchar contra esa amenaza, pero la guerra –que supone por definición el protagonismo de los medios militares en la respuesta– no es la mejor estrategia.

Se trata básicamente de entender que, en términos generales, las fuerzas armadas no están equipadas, instruidas y ni siquiera motivadas para actuar en ese contexto. Sin dejarnos llevar por argumentaciones académicas o teóricas críticas con el dominante enfoque militarista de esta última década, ahí están los casos de Afganistán e Irak para recordarnos que ni los talibanes han sido eliminados, ni tampoco Al Qaeda en Irak (hoy reconvertida en DAESH). Por el contrario, como resultado de la aplicación de una agenda militarizada en todas sus dimensiones (en la que apenas han tenido cabida otros necesarios instrumentos sociales, políticos y económicos) y como suma de notables errores tanto políticos como militares, ambos países siguen

siendo hoy escenarios muy activos para los grupos yihadistas.

### **No es el mayor reto de la seguridad europea**

Por si la experiencia de la Guerra Fría no hubiera sido suficiente, ya a principios de los años noventa del pasado siglo terminamos por comprender que la seguridad es un concepto que va mucho más allá del campo de la defensa militar. Aprendimos entonces, una vez superada la confrontación bipolar, que las amenazas que afectan a nuestra seguridad no se limitaban al devastador holocausto nuclear o a la temida invasión de Europa Occidental por parte de las tropas del Pacto de Varsovia. Aprendimos, por fin, que las pandemias, el cambio climático, los flujos de población descontrolados, el crimen organizado, el potencial desestabilizador de los comercios ilícitos, los Estados fallidos, la exclusión y la pobreza, la proliferación de armas de destrucción masiva y, por supuesto, el terrorismo internacional eran elementos principales del listado de amenazas a las que nos enfrentamos en el mundo globalizado que nos ha tocado vivir.

Del mismo modo, también aprendimos que se trataba de amenazas y riesgos transnacionales, frente a los que ningún país por separado podía hacer frente con ciertas garantías de éxito, y que en su raíz respondían mucho más a cuestiones sociales, políticas y económicas que a consideraciones puramente militares. En consecuencia, concluimos que era necesario reformular el concepto de seguridad para abarcar muchas dimensiones hasta entonces descuidadas –alimentaria, energética, económica, política, sanitaria...–, que el multilateralismo había dejado de ser una opción para convertirse en una obligación y que las respuestas tendrían

que ser esencialmente no militaristas, otorgando el protagonismo a los instrumentos sociales, políticos, diplomáticos y económicos, mientras los militares aparecían solo como último recurso.

A pesar de ese novedoso análisis, que acentuaba la importancia de la seguridad humana como paradigma ambicioso al que orientar los esfuerzos, no fue posible modificar el rumbo dominante que ya llevó a la OTAN (una organización esencialmente militar) a incluir el terrorismo internacional en su concepto estratégico de 1999, autoimponiéndose la tarea de responder a la amenaza que representaba. El 11S terminó definitivamente por provocar un regreso a esquemas que parecían ya superados, con el unilateralismo y el militarismo por bandera y con la pretensión estadounidense (afortunadamente fracasada) de convertir a la guerra preventiva en una tercera regla de juego para legitimar el uso de la fuerza (junto a la legítima defensa y el mandato explícito del Consejo de Seguridad de la ONU).

Como resultado de un proceso que no ha dudado en echar mano de la difusión del temor entre la población, el delicado equilibrio entre libertad y seguridad se ha ido inclinando cada vez de manera más visible hacia un recorte del marco de derechos fundamentales que nos definen como sociedades abiertas, bajo la promesa (falsa, por imposible) de una completa seguridad para todos. Es este un recurso tan antiguo como, desgraciadamente, efectivo; de tal manera que bajo el efecto paralizante del temor a sufrir un ataque terrorista que se nos presenta como inminente, tendemos a perder de vista la realidad. Una realidad que insiste en recordarnos, a quienes tenemos el privilegio de formar parte de la Unión Europea (UE), como miembros del club más exclusivo del planeta en términos de bienestar y seguridad, que existen muchos

otros retos de seguridad a los que no estamos dando respuesta adecuada.

Así, si tomamos la vida humana como la vara de medida para calibrar la gravedad de las amenazas que nos aquejan y como un activo de valor incalculable que debe ser preservado por encima de otras consideraciones, podemos llegar a la conclusión de que no estamos priorizando de manera adecuada los asuntos que realmente nos atañen. Mirando hacia dentro de la propia UE, la creciente brecha de desigualdad que registran nuestras sociedades es, con diferencia, un problema de tan alto nivel que puede descomponer nuestro envidiado modelo de organización económico y sociopolítico. Y mirando hacia afuera, constatamos inmediatamente que ninguna de las amenazas y riesgos que habíamos identificado hace ya más de veinte años ha desaparecido sino que, por el contrario, cobran cada día mayor fuerza por desatención manifiesta.

No vivimos hoy en un mundo más seguro, más justo y más sostenible que cuando estábamos sometidos al equilibrio del poder entre los dos aspirantes al liderazgo mundial y nadie puede darse por satisfecho con el nivel de esfuerzo desarrollado para remediar los males que nos afligen. Sin el más mínimo atisbo de demagogia o populismo, basta recordar que hay 2.600 millones de personas en el planeta que no tienen un elemental retrete a su disposición, y sabemos sobradamente que eso significa que cada año mueren más de 800.000 niños menores de cinco años por algo tan simple como una diarrea y que centenares de miles de mujeres son violadas sin consecuencia alguna. ¿Son esas vidas menos valiosas que las que se pierden en un atentado terrorista? ¿Son más difíciles de preservar que las que ponen en peligro los yihadistas violentos? Vivimos en permanente riesgo y debemos ponderar qué medios dedicamos a hacer frente

a cada uno de ellos, sin caer en un histerismo interesado y selectivo que deje de lado activar soluciones que están a nuestro alcance (como las ya citadas o la eliminación del hambre en el mundo) y que nos lleve a concentrar obsesivamente medios y tiempo en un solo problema que, como ya ha quedado dicho, no es el que provoca más sufrimiento humano.

En síntesis, como consecuencia de ese perturbador enfoque, que hoy sigue gozando de buena salud, la seguridad ha vuelto a cobrar un nítido perfume militarista y el espectro de las amenazas se ha vuelto a resumir en una sola: el terrorismo. Si a principios de la pasada década todo parecía resumirse en la amenaza de Al Qaeda, hoy es DAESH quien sirve al mismo propósito.

### **Amenazas y respuestas**

A pesar de la insistencia en discursos que magnifican el yihadismo violento, presentándolo como la encarnación de la única amenaza digna de ser tomada en consideración y como una red jerárquica unida en una causa común, interesa recordar que, por el contrario, se trata de una realidad múltiple. Existen muchos grupos que cabe identificar bajo ese término, pero no hay nada que confirme la existencia de una internacional yihadista cohesionada y homogénea, más allá de que muchos de ellos se ajusten a *modus operandi* similares y de que algunos de sus cabecillas tengan delirios planetarios. Por el contrario, y bajo el impacto que está provocando hoy la violenta reentrada en escena de DAESH, lo que se detecta es una creciente fragmentación interna, con individuos y grupúsculos que se escinden de sus entidades originales (adscritas en diferentes grados a Al Qaeda o a los talibanes) y que se apresuran a declarar

públicamente su lealtad a quien ahora aparece como el grupo más activo y, aunque nos repugne, más atractivo a los ojos de quienes se han radicalizado hasta el punto de considerar que la violencia es el único instrumento para cumplir sus objetivos.

Ni Aymán al Zawahirí, al frente de Al Qaeda, ni Abu Bakr al Baghdadi (reconvertido ahora en el autoproclamado califa Ibrahim), al frente de DAESH, tienen capacidad para coordinar los esfuerzos de tantos grupos yihadistas que solo simbólicamente se identifican como parte de alguno de ellos. Ninguno de los dos está en la cúspide de una cadena de mando operativa capaz de movilizar a la totalidad de combatientes enrolados en las filas yihadistas. En la mayoría de los casos, y aunque existen indicios sobre vínculos intergrupales, cada grupo actúa de manera autónoma, aunque se sientan inspirados por las mismas o parecidas ideas. Unas ideas con las que, también conviene resaltarlo, no todos se sienten ideológicamente identificados, sino que con mucha frecuencia solo sirven como mera fachada para bandidos, criminales y mercenarios de toda ralea (Libia es hoy un buen ejemplo, como antes lo fue Afganistán).

### **DAESH**

DAESH es un viejo conocido en Oriente Medio. Basta con recordar que hace una década ya actuaba en Irak, como la franquicia local de Al Qaeda, bajo el liderazgo del jordano Abu Musab al Zarqawi (eliminado por Washington en 2006). Ya en aquellos años, y a pesar de sus limitados medios, sobresalía por su activismo yihadista tanto en territorio iraquí como jordano. Su reducida entidad no le permitía aún controlar de manera efectiva un territorio propio pero, en línea con las aspiraciones maximalistas de Al

Qaeda, ya aspiraba a establecer un emirato, que le sirviera de base para crear un califato que abarcara todo el mundo islámico.

Degradado aún más tras la *surge* (oleada militar) estadounidense iniciada en 2007, el grupo no volvió a cobrar cierto protagonismo hacia finales de 2011, como uno de los grupos violentos inmersos en el conflicto que asolaba a Siria desde unos meses atrás. Su participación en el conflicto sirio –entonces con el nombre de Estado Islámico de Irak y Siria (EiIS), todavía como integrante de Al Qaeda– no se ajustó fielmente a las directrices establecidas por Al Zawahiri, sucesor de Bin Laden al frente de Al Qaeda. De hecho, infringiendo sus órdenes –que exigían a su nuevo líder, Al Baghdadi, que abandonara el campo sirio en las manos de la rama local de la red terrorista, el Frente Al-Nusra–, el EiIS fue ampliando su radio de acción ya no solo a las provincias sirias del este, sino también a Aleppo, llegando a realizar acciones puntuales en la costa mediterránea.

Con su perfil de grupo altamente disciplinado y operativo, el EiIS fue incorporando a combatientes de diversos orígenes (incluyendo ciudadanos occidentales radicalizados) hasta un volumen estimado en unos 15.000 efectivos armados al inicio de la ofensiva desencadenada en suelo iraquí a principios de 2014 (en Faluya y Ramadi, en la provincia occidental de Anbar, preferentemente). Esta notable recuperación no fue ajena al interés de Arabia Saudí por financiar a grupos yihadistas suníes que, tanto en Siria como en Irak, pretende utilizar como punta de lanza para revertir la ventaja que Irán va cobrando en su afán por convertirse en el líder regional.

Tras la proclamación del califato el pasado 29 de junio, y ya con su actual denominación, DAESH ha tratado de aprovechar el vacío de poder en Bagdad y de sumar a su favor a buena

parte de los que Nuri Al Maliki (ahora defenestrado del puesto de primer ministro) había ido decepcionando por diversas razones. Así, DAESH ha podido añadir a sus propias fuerzas a varias milicias suníes, como Jamaat Ansar al-Sunnah, Jaish al-Mujahideen y Naqshabandiyya Way. Pero también ha podido contar con la calculada pasividad inicial de los *peshmergas* kurdos, a la espera de que Al Maliki se mostrara más generoso con sus ofertas económicas (aumentando el porcentaje de los ingresos nacionales del petróleo acordados entre Bagdad y Erbil, fijados hasta entonces en un 17 % del total) y políticas (garantizando la elección de un kurdo para sustituir al jefe del Estado y un mayor peso en el nuevo gobierno liderado por Haider al Abadi). Por último, como un factor más que explica el aparente éxito de la primera fase de su ofensiva, se vio favorecido por la notable falta de motivación de las unidades militares iraquíes ubicadas en la zona media entre Bagdad y el Kurdistán iraquí, conformadas en un considerable porcentaje por soldados suníes que no deseaban enfrentarse a enemigos de su propia rama doctrinal. De hecho, no se han registrado verdaderas batallas por el control de localidades y zonas de valor estratégico, sino más bien un generalizado y apresurado abandono por parte de las fuerzas gubernamentales (una acción que, de inmediato, ha sabido aprovechar el gobierno de Erbil para ampliar en un 40 % sus dominios, hasta englobar a la importante zona petrolífera de Kirkuk, gracias al rápido despliegue de sus *peshmergas*).

Pero frente a esa evidente amenaza, y como si no hubiéramos aprendido apenas nada en estos últimos años, se ha vuelto a responder con la activación de una coalición internacional liderada por Washington, que está desarrollando desde el pasado 8 de agosto una campaña de ataques aéreos en territorio sirio e iraquí contra

DAESH. En paralelo, ya está en marcha la instrucción de soldados iraquíes y *pesmmergeas* kurdos iraquíes para lanzar una ofensiva terrestre en un plazo de meses.

Lo problemático no es la repetida apelación a los instrumentos militares llegados a este punto. Es evidente que en la actualidad no existe la más mínima posibilidad de negociación con DAESH (mucho menos tras la farsa negociadora con Jordania que siguió a la captura de uno de sus pilotos en diciembre pasado) y que el objetivo básico hoy es su eliminación. Pero eso no puede ocultar que, por un lado, lo ocurrido es en buena parte el resultado de errores pasados; tanto los cometidos por los gobiernos locales como por los occidentales, al apostar por socios que no se distinguen precisamente por su perfil democrático y que usan su poder para someter sin remedio a poblaciones que no cuentan con su simpatía, creyendo que estaban siempre bajo control, y, por otro lado, la evidencia de que sin un esfuerzo paralelo (y más relevante que el puramente militar) en el ámbito social, político y económico solo se puede conseguir, en el mejor de los casos, ganar un cierto tiempo hasta que el problema vuelva a estallar incluso con más fuerza.

Llegados a ese punto y a pesar de la incertidumbre que caracteriza actualmente el escenario bélico en el que se enfrentan, por un lado, DAESH y sus circunstanciales aliados y, por otro, EE. UU. al frente de la coalición a la que acaba de sumarse hasta Panamá, es factible pronosticar el resultado a medio plazo. Bajo el impacto de la maquinaria militar aérea estadounidense (con aportaciones puntuales de países árabes como Jordania, Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Arabia Saudí y Catar) DAESH ha visto frenada su ofensiva tanto en Siria como en Irak, obligado a aferrarse al terreno conquistado hasta el pasado verano y aceptando la derrota en

lugares que había definido como emblemáticos (Kobane y Deir el Zouk, ambos en Siria). Pero, como tantas veces nos ha enseñado la historia militar, los ataques aéreos tienen un efecto limitado contra combatientes aferrados al terreno, que además aprovechan de forma muy imaginativa su capacidad para concentrar y dispersar efectivos, sin ofrecer objetivos rentables en la mayoría de las ocasiones, y combinando acciones terroristas con otras de carácter insurgente, pero también entrando en combate convencional cuando lo consideran necesario. De ese modo han logrado controlar un territorio de unos 55.000km<sup>2</sup>, a caballo entre Siria e Irak, en el habitan unos seis millones de personas.

Con el añadido de la previsible fase de combate terrestre –y sin que nada garantice su éxito– cabe imaginar que la estructura de DAESH se verá seriamente dañada. Pero aunque a medio plazo quepa imaginar que se producirá ese debilitamiento general, también resulta muy predecible suponer que volverá a reaparecer bajo otro nombre y en otro escenario. Todo eso sin olvidar que, a corto plazo, todavía está en condiciones de seguir creando muchos problemas a sus enemigos (tanto locales como internacionales).

### ***Y el resto***

Aunque DAESH prácticamente monopoliza hoy la atención mediática, la amenaza yihadista no se agota con el mal llamado Estado Islámico. Conviene no olvidar que Al Qaeda sigue siendo una realidad consolidada, tanto en lo que respecta a su núcleo central –localizado a caballo entre Afganistán y Pakistán, aunque considerablemente debilitado tras más de una década de castigo por parte de Washington–, como a sus principales franquicias –con la rama yemení y la

magrebí en lugar destacado—, junto a una miríada de grupúsculos locales que se adscriben a su línea ideológica y hasta a los llamados “lobos solitarios”, inspirados en su credo yihadista. Este conglomerado terrorista conserva la capacidad para golpear indiscriminadamente en muchos lugares y a buen seguro tratará de aprovechar cualquier ventana de oportunidad que se le ofrezca (por ejemplo, una concentración del esfuerzo contra DAESH que alivie la presión contra sus efectivos) para recobrar el protagonismo perdido.

Por su parte, los grupos violentos que se agrupan bajo el término genérico de talibán siguen dando muestras claras de su activismo, tanto en Afganistán como en Pakistán; aunque nada indica que parezcan planear una ampliación de su radio de acción más allá de estos territorios. Lo mismo cabe decir de Boko Haram, concentrado preferentemente en los Estados del norte de Nigeria, aunque puntualmente desarrolle acciones violentas en los países vecinos (como Chad o Níger). En ambos casos son actores a tener muy en cuenta por su capacidad para desestabilizar a los países en los que actúan; pero sin la dimensión transnacional que poseen hoy DAESH y Al Qaeda.

### **Apuntes sobre una respuesta alternativa**

Visto desde Occidente, los datos mencionados más arriba dejan en evidencia a quienes, tras los atentados de París, como el ministro español de Exterior, han querido volver a convencernos de que el terrorismo yihadista es el mayor reto de la seguridad de la Unión Europea. Por dolorosos que sean sus efectos, no lo es ni por el número de víctimas mortales que provoca, comparado con tantos otros factores beligeros, ni mucho menos por su capacidad para hacer colapsar

nuestros Estados. Debemos ser claros en este punto, entendiendo que el terrorismo es una lacra que nos va a acompañar durante mucho tiempo, asumiendo que no hay atajos para eliminarlo y, siendo realistas, reconociendo que el objetivo es reducirlo a un nivel tolerable para nuestras sociedades. En lugar de amedrentar a la población, cultivando una cultura del miedo que nos paralice o nos calle mientras se recortan los derechos y libertades fundamentales que nos definen como sociedades abiertas, convendría dedicar un mayor esfuerzo al establecimiento de estrategias que no se limiten a movilizar más medios militares contra un enemigo imposible de derrotar por esa vía.

Un ejercicio de ese tipo debería considerar que es necesario atender simultáneamente a los efectos más visibles del problema —desarticulando, si es posible, planes terroristas y persiguiendo, deteniendo y enjuiciando a quienes hayan cometido actos de ese tipo, si lo anterior no se ha logrado— y a sus causas estructurales, centradas en la radicalización de individuos que, por múltiples razones, se sienten discriminados en sus comunidades de referencia.

En el primer nivel de respuesta parece claro que los protagonistas principales deben ser los servicios policiales y de inteligencia, así como las autoridades económicas (para cortocircuitar los canales que les sirven para financiar sus actividades delictivas) y las judiciales (para lograr un efectivo y común tratamiento del problema); todo ello sobre la base de una estrecha coordinación internacional, dado que nos enfrentamos a una amenaza compartida. Aquí los ejércitos tan solo pueden tener un papel secundario, complementando tareas de seguridad al servicio de la lucha global contra el terrorismo.

En el segundo nivel, que debe atender a las causas estructurales que alimentan el terrorismo, es evidente que los medios militares no tienen

prácticamente nada que aportar. Lo fundamental en este caso es adoptar un enfoque preventivo, orientado a evitar la radicalización de individuos que por múltiples razones se vean tentados de incorporarse al yihadismo violento. En su lugar, lo que cobra protagonismo destacado en esta etapa es, en clave interna, la aplicación de un esfuerzo sostenido en el tiempo que ponga el énfasis en el terreno educativo y que movilice recursos físicos y humanos en el terreno social, político y económico para garantizar una plena integración de todos los que conforman cada comunidad nacional. Eso supone desarrollar un enfoque preventivo que potencie políticas orientadas hacia la reducción de las brechas de desigualdad a niveles aceptables, reforzando el marco de derechos y libertades sin exclusión para todos sus miembros. Hablamos de la necesidad de reforzar sistemas educativos incluyentes y de potenciar medios de comunicación empeñados en evitar la propagación de la xenofobia y el racismo; pero también de políticas centradas en garantizar una verdadera igualdad de oportunidades.

En clave exterior, el listado de tareas es igualmente extenso. Sin ánimo alguno de exhaustividad incluye:

- Exigirnos una mayor coherencia entre los valores y principios que decimos defender y el tipo de relaciones que mantenemos con gobiernos arabomusulmanes escasamente sensibles a las demandas de su propia población (Arabia Saudí sobresale en este sentido como el caso más chocante). Atrapados durante estas últimas décadas en un esquema que prima la estabilidad de nuestros vecinos por encima de cualquier otra consideración, nuestros gobiernos no parecen dispuestos a apoyar decididamente las movilizaciones ciudadanas de nuestros vecinos, ante el temor de encontrarse con interlocutores

indeseados que pudieran poner en peligro nuestra seguridad energética. Esta es una de las principales razones del antioccidentalismo que se registra en amplios círculos de opinión de esos países.

- Contribuir de manera más decidida a la eliminación de la doble vara de medida internacional que se viene aplicando desde hace demasiado tiempo cuando se trata de enjuiciar el comportamiento de algunos países (con el destacado ejemplo de Israel cuando ha invadido en diferentes ocasiones territorio soberano de sus vecinos, sin consecuencia alguna; frente a ejemplos como la operación Tormenta del Desierto en 1991 para obligar a Irak a abandonar Kuwait). Bien sabemos que esa realidad, junto a la persistencia del conflicto palestino-israelí, es utilizada constantemente por los yihadistas para tratar de justificar sus acciones violentas, presentándolas como la única respuesta posible ante lo que interpretan como una discriminación contra los árabes.
- Evitar la demonización del Islam y del islamismo radical. No solo porque ese tipo de movimientos políticos han mostrado sobradamente que cuentan con un amplio apoyo de las poblaciones locales –lo que supone que están ahí para quedarse durante largo tiempo y que no hay salida del túnel en el que están sumidas estas sociedades si no es contando con su participación–, sino porque la más elemental estrategia impone establecer una nítida frontera entre quienes optan por la violencia y quienes la rechazan. En esa misma línea, es altamente recomendable establecer canales de diálogo permanente con representantes autorizados del Islam, aceptados y respetados en esas sociedades como socios preferentes para aislar a los violentos.

- Emplear los múltiples y potentes instrumentos nacionales y comunitarios –especialmente significativos en el terreno comercial y financiero, pero también en el ámbito de la resolución pacífica de los conflictos– para cerrar las brechas de desigualdad que definen a la cuenca mediterránea. Ninguna de las fórmulas aplicadas hasta ahora por Bruselas ha logrado ni tan siquiera reducir dicha brecha y mucho menos facilitar la posibilidad de que la mayoría de nuestros vecinos del sur y del este puedan aspirar a una vida dig-

na, sometidos por unos gobiernos fracasados, ineficaces y autoritarios.

Es cierto que nada de esto garantiza el éxito de la empresa y tampoco nos blindará por completo contra posibles estallidos violentos. Ni existe una fórmula mágica con validez universal, ni que produzca resultados visibles de inmediato. Pero frente a desventuras militaristas que han mostrado sobradamente sus limitaciones, ya va siendo tiempo de ponerlo en marcha. ¿O seguimos tropezando interminablemente contra la misma piedra?